

El Humanismo de Jacques Maritain

Por KURT F. REINHARDT

El problema del verdadero significado de la civilización fue enfocado y expresado nitidamente por el General Mc. Arthur en el breve discurso que pronunció con ocasión de la rendición japonesa. "El problema—dijo el general—es básicamente teológico dado que envuelve en sí un perfeccionamiento del carácter humano, un progreso que se sincroniza con todos nuestros avances en la ciencia, en el arte, en la literatura y en el total desarrollo material y cultural de los 2.000 años pasados. Es por el espíritu y únicamente por el espíritu, como la carne puede sanarse". Estas palabras de sabiduría dichas por un hombre de acción, han tenido su eco en el filósofo Jacques Maritain, embajador de Francia ante el Vaticano, cuya sabiduría fue adquirida e infundada en el silencio de la meditación y la contemplación. En la Introducción a la "Vida de San Juan de la Cruz", escrita por el carmelita francés Padre Bruno, Maritain afirma: "En los días actuales, el naturalismo ha arruinado y subvertido la naturaleza de tal manera que no hay una posible curación para ella, ni un posible retorno al orden estable de la razón, a menos que haya un pleno y total reconocimiento de los derechos de lo sobrenatural, de lo absoluto, de las exigencias del Evangelio y de una fe viviente. En esta bancarrota general de la estructura de la sociedad humana, cada uno de nosotros está llamado a añadir a su propia debilidad, una carga de heroísmo. Necesitamos los más austeros secretos de la sabiduría y del valor. La Cruz pesa como una carga, con todo el peso del amor mal entendido, sobre un mundo ingrato, que gime en vano y tiene náuseas de ella. Nada queda sino el amar la Cruz tiernamente; ella nos llevará hacia adelante como la proa veloz que

hiende las aguas de la vida eterna". Hay, pues, alguna esperanza para los hombres del mañana si siguen las directivas de otros cuyas acciones expresan las verdades de una sabiduría contemplativa; y muchos de nosotros empezamos a despertar ante el hecho de que estamos en la necesidad de una reforma y de una revolución moral y religiosa completamente radicales.

Pocos de aquellos que dedican su pensamiento con seriedad a los asuntos mundiales y a los negocios meramente humanos, podrán negar que nosotros vivimos hoy en una civilización próxima al colapso, en una extraña mezcla de civilización y barbarie. Y esta situación no ha sido causada, ciertamente, por las dos guerras mundiales pasadas. Sería más acertado decir que estas dos hecatombes, con todos sus trastornos sociales y políticos concomitantes producidos en todo el universo, no son más que la manifestación externa, el brote y los síntomas de una enfermedad que nuestra civilización viene sufriendo hace ya mucho tiempo. En tiempos como los que corremos, cuando la vida humana misma se ha vuelto tan líquida e inestable que posibilidades ilimitadas tanto para el bien como para el mal se abren ante nosotros, será lo mejor que hagamos una pausa para reflexionar e investigar dónde estamos y hacia dónde pretendemos ir.

El colapso amenazador nos ha cogido a muchos de nosotros, en cierta manera, de improviso. Acaso no cruzamos los umbrales del siglo XX con un desfachatado concepto, orgullosos de nuestro progreso incomparable, de nuestro sin par avance en las ciencias y en la técnica? Fue por ello tremendo el choque que nos sacudió cuando en el preciso momento de nuestras más empujadas realizaciones científicas y técnicas, el equilibrio moral de la raza pasó a un lado, a tal punto que nosotros mismos y nuestro universo nos fuimos sintiendo más inseguros con cada día que iba pasando, y para colmo de males muchas de aquellas cosas de que más orgullosos estábamos, se derrumbaron para convertirse en puro ripio, en movediza arena, apta sólo para ser barrida por las mismas fuerzas que habíamos hasta aquí preparado o desencadenado. Este trágico y doloroso estado de cosas ha llegado, no a causa de nuestros crecientes avances en la ciencia, sino más bien porque la perenne realidad de las verdades morales e intelectuales que informaron los pensamientos y las acciones de nuestros antepasados, fueron perdiendo contacto con la realidad material; porque la realidad material sin la guía de la recta razón y de la voluntad iluminada, queda despojada de su significación moral y humana, para entregarse a las fuerzas ciegas del acaso y a las exigencias del deseo de poder.

De nuestro pasado cristiano, el siglo XIX heredó ciertas convicciones fundamentales referentes a la naturaleza y destino del hombre, a sus derechos y obligaciones como ser individual y social que es, a la estructura del estado y de la sociedad y al significado de la civilización. Las cuestiones que nuestros antepasados cristianos ha-

bían formulado referentes a estos tópicos, les fueron contestadas por la Teología y la Filosofía, que en la jerarquía del conocimiento estaban catalogadas como las dos ciencias supremas. Pero en el curso del siglo XIX y con la adopción del así llamado "método científico", el pensamiento occidental empezó a rechazar los principios directivos emanados de estas dos disciplinas. La verdad, se nos dijo y así nos lo enseñaron, debía encontrarse sólo y exclusivamente en aquellas ciencias que analizaban y descubrían la realidad física. El conocimiento sensitivo fue proclamado como el único y válido modo de conocimiento, mientras que el conocimiento intelectual fue declarado como el medio de referirse a abstracciones carantes de significación y a creencias ficticias. El término "Teología" fue usado como sinónimo de superstición, mientras que la filosofía abandonó completamente su ambición de llegar a las convicciones universales referentes a la naturaleza y destino del hombre y de la civilización. En lugar de continuar como una disciplina orientadora, dando reglas al pensamiento y a los actos del hombre, la filosofía llegó a ser más bien un mero adorno de las ciencias naturales o una pura disciplina histórica que gustaba de repetir las hazañas pasadas del espíritu humano. Llegó a ser o la criada de la ciencia o, aislada en sí misma en la esfera abstracta del puro pensamiento, perdió el contacto con el universo de las realidades materiales. En todo caso, voluntariamente abdicó de su prerrogativa de pensar creadoramente acerca de los problemas fundamentales de la humanidad. La filosofía, que según Platón "es el mejor guardián de la humanidad, porque viene y toma su morada en el hombre, siendo la salvadora de su virtud a través de la vida", perdió enormemente la convicción de su elevada función. Y por consiguiente tuvo que abandonar su oficio directivo en las instituciones de alto saber, viniendo a ocupar un puesto de menor importancia en el Currículum. Esta fue una consecuencia natural y necesaria, sencillamente porque una filosofía que ha perdido el poder o ha abandonado el deseo de transformarse a sí misma en la vida del individuo, ha sacrificado su derecho de nacimiento y ha perdido también su genuino derecho a la existencia. Lo que es ciertamente profundo, es también sublimemente sencillo; puede traducirse en el lenguaje de la vida y de la realidad hasta el punto de ser aceptado y apreciado tanto por los letrados como por los ignorantes. Haber ilustrado y demostrado esta verdad es el gran mérito de la *Philosophia perennis* y de sus antiguos y modernos discípulos, un Platón, un Aristóteles, un Santo Tomás, un Sertillanges, un Gipson, y un Jacques Maritain. "Un filósofo podría aparecer como un sabio, sin hacer aparecer al hombre de sentido común como un tonto" escribió Mortimer Adler, discípulo contemporáneo del Angélico e íntimo amigo de Maritain. La mayor parte de los sistemas modernos del pensamiento, tales como los de Descartes, Hegel, y Whitehead, fallan al combinar la profundidad con la suprema sencillez. Esos sistemas son más bien destructivos que constructivos: son

excelentes en el análisis pero carecen de una verdadera síntesis. Todo discípulo leal de la *Filosofía perennis*, por otra parte, clama con Maritain: "Distinguir para unir". "Distinguer pour unir", es el subtítulo del gran libro de Maritain "Los grados del Conocimiento", en el cual presenta el bosquejo de una nueva síntesis cuya última meta es hacer para nuestro tiempo y para nuestro conocimiento, lo que Santo Tomás hizo para el hombre y la sociedad, para la vida y la civilización de la Edad Media.

Aunque algunos de los puntos de vista políticos de Maritain le han provocado ciertas críticas, sin embargo, también le han ganado muchos amigos. Enemigos y amigos por igual estiman en él a uno de los más destacados representantes de la Escolástica Contemporánea, de esa filosofía que en el continente americano tiene su más luminoso centro en el "Instituto Pontificio de Estudios Medioevales" de Toronto, Canadá. Jacques Maritain nació en París en 1882. Completó sus estudios en la Sorbona en 1906 y después de su conversión ingresó a la facultad del Instituto Católico de París. En las dos últimas décadas ha enseñado en el Instituto Medioeval de Toronto, y con algunos intervalos, en la Universidad de Chicago, en la Universidad de Columbia y en otros establecimientos americanos de alto saber. Durante los años de su formación intelectual tuvo la buena suerte de contar como profesor y amigo a Henry Bergson, cuyo nombre permanece para siempre inseparablemente unido con el gran renacimiento de la especulación metafísica en Francia. Mme. Maritain en sus memorias, atribuye a la influencia de Bergson la salvación suya y de su marido del escepticismo y de la desesperación. Cuando ellos dos, por primera vez, empezaron a escuchar las conferencias de Bergson en el College de France eran aún estudiantes en la Sorbona. Una montaña de prejuicios y desconfianzas se había levantado entre estas dos instituciones. El escepticismo y el nihilismo moral habían penetrado profundamente en la antigua y venerable Sorbona y el cisma de las dos escuelas, apenas separadas en el espacio por la estrecha calle de Saint Jacques, manifestaba el violento antagonismo que existía entre las nuevas ciencias positivas que tenían su asiento en la Sorbona y los conceptos tradicionales de la filosofía europea que estaban representados en el College de France.

Aunque la propia filosofía de Bergson apareció al fin como inaceptable para los esposos Maritain, el gran filósofo francés les había demostrado las falacias de la extrema posición del naturalismo, del racionalismo y del relativismo. Ellos dos estaban todavía en la persecución, para citar las mismas palabras de Mme. Maritain "de esa verdad tan ardientemente buscada, tan inconquistablemente creída, de esa verdad para la cual habíamos reservado un altar en nuestros corazones, de esa verdad que tan profundamente amábamos sin conocerla aún. Se levantaría ella como un sol para partir a un largo viaje de felices descubrimientos? O como la luna, brillaría ella sólo sobre la noche de nuestra miseria? O sería como el cielo estrellado,

luz y obscuridad al mismo tiempo? No lo sabemos. Sólo sabemos que cualquier cosa que pudiera ser, sería ella nuestra ama y señora y nosotros seríamos sus siervos".

Los dos años siguientes a su conversión los pasó Maritain en Weidelsberg, Alemania, dedicado por completo al estudio de la Biología bajo la dirección de Hans Driesch, quien era uno de los representantes del neovitalismo y estaba marcadamente influenciado por la filosofía aristotélica. Después de su regreso a Francia, por primera vez quiso ahondar y escudriñar el pensamiento de Santo Tomás de Aquino y a poco publicó un estudio crítico de la Filosofía de Bergson, considerándola desde el punto de vista tomista. Desde entonces, y en una rápida sucesión, fueron apareciendo varias obras suyas, entre las cuales descuella la que ya hemos citado, "Los Grados del Conocimiento", obra en cuyo espacioso campo florece esa genial gama de ideas que va desde la percepción sensitiva hasta el más alto grado del conocimiento y la sabiduría, y que incluye un profundo estudio sobre la filosofía del arte y unas inspiradas páginas sobre la contemplación mística. Una de sus famosas obras es la que se titula "Humanismo Integral", en la que enfoca certeramente los problemas básicos de la vida humana y de la civilización a la luz de los principios perennes de la fé, verificados, substanciados y complementados por la razón. Precisamente es a esta obra a la que quiero referirme principalmente en el resto de este ensayo.

La enfermedad que aflige a nuestro mundo contemporáneo, es para Maritain, en primer término, una verdadera enfermedad del espíritu. Por eso, si queremos tener feliz éxito en nuestro empeño de traer el orden al espíritu humano, y esto con la gracia de Dios, tenemos forzosamente que traer al mundo a los caminos de la verdad y de la justicia. Para preservar y consolidar las conquistas de la ciencia e integrarlas con el pensamiento filosófico, tenemos primero que devolver a la filosofía el puesto que le corresponde, reconociéndola a ella como la más sublime y elevada forma del conocimiento humano. Sólo una verdadera filosofía en este sentido puede ser lo bastante vital y dinámica para mantener vivos los fundamentos inmodificables del pensamiento humano, al mismo tiempo que para verificarlos y ampliarlos con los descubrimientos científicos y con las conquistas intelectuales del espíritu moderno. En este sentido la filosofía de Jacques Maritain es altamente conservadora y no menos progresista: está inspirado en una profunda reverencia por el pasado, en una comprensión real del presente y en una reposada confianza en ese futuro que necesariamente saldrá de la cooperación del entendimiento y la voluntad humana con los planes y designios de la Divina Providencia.

Esa confianza en el poder recuperativo del espíritu humano es la base radical del Humanismo de Maritain y de ese optimismo suyo que descubre en las profundidades de la naturaleza humana una vitalidad que no puede ser permanentemente perjudicada o vio-

lada. Así, pues, el filósofo francés tiene una confianza implícita en el hombre, la criatura terrenal más noble que Dios haya hecho y en la dignidad de la persona humana, el hijo de Dios hecho a su imagen y destinado a una bienaventuranza eterna en la visión beatífica. Mientras que encara atrevidamente la posibilidad de que esta nuestra civilización actual pueda llegar a un más o menos rápido colapso, prudentemente observa cómo el fin de una civilización no significa precisamente el fin de toda la civilización, ni el fin de un mundo lo es de todo el mundo; así visualiza la posibilidad siempre presente del nacer de un nuevo Humanismo bajo la forma de un renacimiento cristiano. "Este Humanismo nuevo es tanto más humano cuanto que no da culto al hombre, sino que respeta real y efectivamente la dignidad y los derechos de la personalidad humana".

En cuanto al aspecto negativo del bien, sin embargo, Maritain está plenamente convencido de que la enfermedad del espíritu moderno es medular y por consiguiente el remedio tiene que ser radical. Como una premisa necesaria para una regeneración, él aboga para que el hombre moderno reconozca una vez más su posición exacta entre las demás naturalezas creadas. Debe aprender de nuevo la verdad acerca de sí mismo, dándose cuenta cabal de qué clase de ser es: ni poseedor de ese espíritu angélico que Descartes le atribuía, ni tampoco un bruto irracional como el que aparece en los sistemas de Machiavelli, Hobbes, Spengler, John Dewey y sus seguidores. El hombre debe reconocerse a sí mismo, en el sentido más realista, dentro del orden jerárquico del universo, como un "ser mixto" compuesto de cuerpo y alma, el animal más noble y elevado, pero también el más bajo en la escala de los espíritus. Una vez que la naturaleza humana ha sido definida y la definición ha sido aceptada, puede determinarse en consecuencia cuáles son los fines del pensamiento y de las acciones humanas, y por lo tanto la restauración del orden en el modo de pensar y obrar, puede intentarse con las mayores posibilidades de éxito.

Los mejores entre los pensadores paganos y cristianos enseñaron siempre que el hombre está llamado a algo mejor que a vivir en el plano meramente material. Por eso un humanismo que no reconozca otro fin más allá de la existencia físico-biológica del hombre, no es un humanismo ni verdadero ni integral. El humanismo propugnado por Maritain tiene que ser "heróico". Tiene que luchar por la completa realización de la verdadera dignidad del hombre como criatura de Dios; no puede estar circunscrito por las limitaciones biológicas de raza, clase o nacionalidad; tiene que propender por el bien de la persona individual lo mismo que por el bien común, el de la comunidad universal de personas humanas. Un humanismo integral así concebido es un Humanismo Cristiano que en armonía con las condiciones básicas de la filosofía y la teología cristianas, concibe al hombre como una naturaleza espiritual unificada, vale decir, como una persona. La personalidad, sin embargo, no implica únicamente la

racionalidad sino que también implica responsabilidad moral o libertad de elección. Una persona humana es en cierto sentido y hasta cierto punto independiente del mundo que la rodea y de sus instituciones; es un ser cuya libertad e integridad pueden persistir solamente cuando están salvaguardadas de todo acorralamiento ilícito por parte del Estado o de la Sociedad. Mas la independencia del hombre no es absoluta, porque la persona humana depende de Dios.

De dos clases de Humanismo que Maritain distingue, el uno tiene como centro al hombre y es por lo tanto antropocéntrico. El otro tiene por centro a Dios y es teocéntrico. Un humanismo que tenga por centro al hombre, es necesariamente naturalista y—según lo apunta Luis Mercier en su libro "The Challenge of Humanism"—forzosamente es monístico, en tanto que un humanismo centrado en Dios es dualista como quiera que trata de los componentes materiales y espirituales de la naturaleza humana. La tesis de Maritain es la de que el humanismo antropocéntrico de los filósofos de los siglos XVII y XVIII, de Descartes, Rousseau, Kant y Goethe tuvo ya su estruendoso y definitivo fracaso. La psicología contemporánea y el psico-análisis no reconocen la dignidad de la persona humana sino que convierten al hombre en un receptáculo de los espectros y larvas de las fuerzas y exigencias de ciertos poderes subterráneos. Con la desaparición de la personalidad espiritual del hombre empieza a surgir el monstruo del **hombre colectivo**. La teología del hombre colectivo se fundamenta en el concepto hegeliano del estado totalitario divinizado y la sociología del hombre colectivo está delineada en ese cuadro de una *sociedad comunista totalitaria* realizado por Karl Marx. Así, pues, el verdadero elemento humanístico en la civilización ha sido desplazado violentamente por el elemento material. El hombre ha sido arrastrado y llevado al servicio de necesidades y exigencias que ya no son humanas, sino meramente físicas y técnicas; ha venido a convertirse en esclavo de esas mismas fuerzas materiales que él puso en movimiento. Ha llegado a crear, por decirlo así, ese mundo que según las propias palabras de Aristóteles sólo puede ser habitado por las bestias o los dioses.

Paralelamente con estas transformaciones del hombre y de la civilización, la **idea de Dios** ha venido sufriendo cambios similares. Nietzsche, según sus propias palabras, sintió ese "su terrible deber" de declarar la muerte de Dios para que actuando sobre esas premisas, naciones enteras se esforzaran en edificar una estructura política, económica y social basada en el ateísmo y el naturalismo.

Maritain ve en la situación presente, sólo dos posiciones puras y sin adulteración: la una es el **Ateísmo**, la otra el **Cristianismo** puro. En el comunismo ateo de los Soviets discierne un sistema pseudo-religioso de doctrina, que pretende revelar al hombre la verdadera significación de su existencia. Habla de la "religión del ateísmo" como de una religión cuyos dogmas son suministrados por el ma-

terialismo marxista. Sin embargo, en el espíritu de fe y sacrificio que inspira el comunismo se puede adivinar ese conjunto de virtudes cristianas y energías religiosas mal dirigidas, que los conductores y los doctrinarios comunistas pretenden enfocar hacia sus propios fines. Así, pues, atribuye parcialmente la fuerza y el rápido crecimiento del credo comunista, al profundo resentimiento popular contra esa aterradora incongruencia que a menudo existe entre **Cristianismo y Cristiandad**, entre la doctrina cristiana y el así llamado "mundo cristiano". Incongruencia que hace más de cien años hizo decir al filósofo danés Kierkegaard, que el Cristianismo era en verdad una realidad, mas no así la Cristiandad que no pasaba de ser una mera "ilusión óptica". "Será necesario—dice Maritain—elaborar una filosofía social, política y económica que no se contente con principios universales, sino que sea capaz de llegar hasta los detalles de la realización concreta. No se puede transformar el orden social del mundo moderno sino a condición de que primero se realice dentro de nosotros una renovación de la vida moral y espiritual. Una renovación vitalmente cristiana y social, tiene que ser necesariamente una obra de santidad o no será nada: una santidad, por decirlo así, que vierta sus energías sobre las cosas temporales, de este mundo y de la cultura secular. Si una nueva Cristiandad ha de surgir, no podrá ser sino la faena de conductores que así comprendan la santidad de la obra que han de realizar".

El mundo cristiano contemporáneo ha confinado las verdades del Evangelio a una sección limitada, a una parte restringida de su existencia, a una esfera que Martín Lutero alababa como "el recinto interior" del verdadero cristianismo. Así, la mayor parte de los asuntos políticos, sociales y económicos, fueron abandonados a sus propios recursos naturales. El resentimiento va, pues, dirigido contra aquellos que no realizan en su vida individual y social las verdades de que se les cree porta-estandartes. Mientras que Maritain acepta abiertamente la seriedad de esta acusación, también reconoce como hecho deplorable e inevitable el que la mayor parte de los cristianos no están nunca en el mismo nivel con el credo que profesan, y además, el que todos tenemos una marcada propensión a tomar con prontitud lo que es fácil, al mismo tiempo que la flaqueza humana nos va llevando al adormecimiento y al olvido. El dinamismo del Cristianismo, por otra parte, es lo contrario de semejante sopor; su optimismo es mucho más profundo que su pesimismo; nos enseña que la creatura viene de Dios y que todo lo que de El viene tiende a volver a El. Así, pues, el hombre está siempre sobre el camino: no es con respecto a sí mismo "sino un boceto trazado en la noche".

En cuanto al **Ateísmo**, o sea la primera alternativa, Maritain afirma que un ateísmo consecuente no puede en manera alguna ser vivido, y parafraseando sus palabras, un ateísmo así concebido es un ateísmo muerto. Al parecer esta expresión es ininteligible, pero

el pensador francés la explica haciendo hincapié en la naturaleza intrínseca de la voluntad humana: por naturaleza la humanidad aspira a la bondad pura; su meta final no puede ser otra que el bien que sacie absolutamente sus anhelos. Pero no hay otro bien puro o absoluto que aquel Ser que en Sí Mismo es la plenitud infinita de la Bondad, hasta tal punto que aún el individuo más perverso desea a Dios sin conocerlo. El hombre puede escoger otros fines, puede decidirse por otros afectos, pero siempre y en todas partes es a Dios a quien desea y a quien ama bajo formas dispersas. En consecuencia, una experiencia consecuente, absoluta y total del ateísmo privaría a la voluntad de su objeto y a la vida de su significación. Esta es, precisamente, la razón por la cual Martín Lutero, con una profunda intuición psicológica, sostuvo que el hombre está hecho de tal suerte que siempre da culto a Dios o a un ídolo.

Dostoievsky en su novela "Los Poseídos" describe en Kiniloff a un hombre que hace un supremo esfuerzo por vivir el ateísmo hasta en sus más profundas raíces metafísicas. El desenlace es el suicidio. Pocos minutos antes de su propia destrucción, define su estado de ánimo con estas palabras: "Si Dios existe, entonces todas las cosas dependen de El y yo no puedo hacer nada distinto a su voluntad. Si Dios no existe, entonces todo depende de mí y yo estoy obligado a demostrar mi independencia. Durante tres años he estado buscando el principal atributo de la divinidad y finalmente lo he encontrado: es su independencia. Hay solamente una cosa con la cual puedo probar mi completa autonomía y mi nueva y terrible libertad. Y en verdad que es terrible! Me voy a matar para demostrar mi independencia, mi piedad y mi terrible nueva libertad". Dostoievsky sabía, como Santo Tomás de Aquino, que el atributo más profundamente metafísico de la Divinidad es "aseitas" o la completa y absoluta autonomía. Si Kiniloff desea probar su absoluta independencia, debe subordinar su propia vida a esta idea: para demostrar su independencia tiene que destruirse a sí mismo.

En cuanto al Cristianismo, o sea la segunda alternativa, él trasciende en su esencia a todas las civilizaciones y culturas; es estrictamente universal, en tanto que las civilizaciones son de orden temporal e histórico. Ellas están subordinadas a esa vida eterna que es la meta de la religión y en virtud de la actividad social de los individuos, van desenvolviendo las relaciones de las cosas terrenas en consonancia con los destinos eternos del hombre. "Los planos temporales y espirituales—dice Maritain—son diferentes, pero subordinado el uno al otro, porque el temporal en cuanto tal tiene que ser vivificado por el espiritual. El bien común de la civilización requiere que sea enderezado hacia el bien común de la vida eterna que es Dios mismo. Aún cuando yo actúe como ciudadano en otra esfera distinta a la Iglesia de Cristo, la vida y la virtud cristianas deben invadir mis actividades, hasta lo más íntimo del ser". Si el hombre tiene siempre presente esta relación de subordinación de lo

más bajo a lo más elevado, entonces el orden de la civilización podrá ser gradualmente levantado a planos superiores. Al tratar de actualizar las verdades de su fé, el hombre cristiano quiere convertir este mundo en un campo de verdadera y plena vida humana, quizá defectuosa y deficiente, pero al fin y al cabo una vida saturada de amor y cuyas realizaciones sociales estén medidas por los criterios de la justicia y la caridad. "En realidad—citamos de nuevo a Maritain—la justicia del Evangelio y la vida de Cristo en nosotros, necesitan todo nuestro ser, tomar posesión de nosotros para impregnar todo lo que somos y lo que hacemos, así en el orden natural como en el espiritual. La acción es la verdadera epifanía del ser. Si la gracia se apodera de nosotros y nos rehace en la profundidad de nuestro ser, nuestras acciones sentirán los efectos de ella y serán iluminadas por los destellos de la luz Divina". Mediante esa interpretación siempre creciente del Cristianismo y la civilización, la vida de Cristo se irá volviendo más y más efectiva en todas las jerarquías del mundo, y ese humanismo integral será así cada vez más verdadero. "O es que los cristianos de hoy día—se pregunta Maritain—piensan que el Cristianismo sólo puede ser realidad en el papel y que sus energías se han debilitado tanto que no nos queda más que agrandar a esos demonios que nos parecen un poco menos malos que los otros, para ganar el favor de su protección, y que nada puede ya aguardarse de una resurrección de la fuerza del alma? Acaso han decidido no querer comprender la época en que llegaron al mundo? Salve, pues, pestilencia y hambre! Vosotros sois más puros que nosotros".

"Es sólo por el espíritu como la carne puede ser sanada". "Está a nuestra vista el momento cuando los hombres que habían puesto toda la esperanza de sus corazones en el hechizo de la materia—dice Jacques Maritain—se verán engañados por ella y gritarán clamando por la Verdad". Por cuanto Maritain ve la civilización moderna como una vestidura desgarrada, la realización de un nuevo humanismo Cristiano no puede reducirse a hacer un traje más o menos perfecto, pero elaborado con retazos. No lo que se necesita es una renovación total, una reforma absoluta que tome su punto de partida y tenga su primera victoria en la liberación del hombre de su propio egoísmo; una reforma que establezca la primacía de la calidad sobre la cantidad; del trabajo sobre la moneda; de los medios humanos sobre los recursos técnicos; de la sabiduría sobre la ciencia. Si esta reforma no se efectúa, de nada servirán las instituciones y organizaciones más perfectas. Sólo el espíritu es capaz de dar nueva vida a los individuos, a las familias, a las sociedades y a las naciones. Sólo una revolución moral y espiritual puede traer ese reajuste social, económico y político que necesitamos, y con él el renacimiento de un mundo que se desangra. Sólo hombres nuevos, de pensamiento cristiano y perfecta buena voluntad, pueden crear una sociedad nueva y mejor, porque sólo hom-

El Humanismo de Jacques Maritain

bres de tal naturaleza están capacitados para formar una nueva conciencia personal y pública y una nueva opinión colectiva. "Sólo el Cristianismo—concluye Maritain—es capaz de defender en los variados y vitales puntos de la civilización occidental, la libertad individual. Así pues, por fuerza de los hechos, hemos llegado a la más lógica y a la más histórica de las posiciones: a la vieja lucha de la fé cristiana contra el despotismo de los poderes de este mundo". De un entendimiento bien informado y de una voluntad rectamente formada es de donde debe nacer esa nueva civilización, iluminada por la doble luz de la razón y de la fé. Esa civilización en la que el individuo habrá de efectuar la transformación cristiana de la sociedad.

(Del original inglés, enviado especialmente para "Universidad Católica Boliviana", tradujo el P. Marco Tulio Zuluaga).